

La sonrisa del Caudillo, de Rubén Buren

La sonrisa del Caudillo

Rubén Buren

«En contestación a su escrito del 10 del actual proponiendo la creación de un Gabinete de Investigaciones Psicológicas cuya finalidad primordial será investigar las raíces psicofísicas del marxismo, manifiesto que de conformidad con su mencionada propuesta, autorizo la creación del mismo».

Francisco Franco. Telegrama nº1565, 23 de agosto 1938.

Entregado en la Inspección de Campos.

La sonrisa del Caudillo, de Rubén Buren

Prisión de Madres Lactantes de San Isidro, Madrid. 1941.

Escena Uno

(Despacho de María Topete. Adolfo habla por teléfono, impaciente; quiere colgar. Fuma nervioso. Siempre que habla con su mujer tiene prisa, una prisa seca, mezcla de apatía y desesperación.)

Adolfo.- Pero te quieres calmar de una vez... ¡que me estás poniendo nervioso!... Bueno, tengamos la fiesta en paz... que ya lo hemos hablado... Con tanto trajín como has tenido no me extraña... ¿Te tomaste la pastilla para dormir?... *(Suspira.)* Sabes que es lo mejor... no podemos seguir así, que eso no es natural, que la gente... ya... ya... hemos hecho todo lo que está estaba en nuestra mano y nada... Sí, ya lo he pensado muchas veces... ésta es la única solución... además, que lo hace mucha gente, que sí... Ni te imaginas a quiénes he visto pululando por aquí... Que sí, no empecemos cariño... Es una labor social que debemos hacer entre todos... míralo así, estamos haciendo una buena acción... Margarita, mi amor... no empecemos... sí, ya lo hemos hablado, a lo mejor dentro de unos años te florece uno natural... Sí... Debemos enfrentarnos a los problemas que nos da la vida, ¡que no es para tanto, coño!... No empieces también con eso, si viajo es porque tengo que viajar no porque no quiera estar contigo... que no huyo de ti, no digas tonterías, ya lo hemos hablado muchas veces, si no te quedas pues no te quedas... Tú que eres tan beata, a lo mejor es una misión sagrada que nos da... no, no es eso... ¡Joder!... ya sé que no estás segura, nunca estás segura de nada... pero hay que hacer lo que hay que hacer...

La sonrisa del Caudillo, de Rubén Buren

(Entra María Topete. Adolfo le saluda besándole la mano como si fuera una monja. A ella le hubiera encantado ser monja, pero nunca se atrevió a coger los hábitos.)

Adolfo.- Bueno, mi amor, Margarita, que ha venido la Directora... sí, no te preocupes. Adiós, adiós... sí, yo también a ti... ¡Adiós! *(Cuelga.)*

Topete.- Don Adolfo, qué grata su visita, me alegra conocerle en persona. Siempre es un honor ver por aquí a un *Camisa Vieja* como usted. Nos honra en nuestro humilde hogar... ¿Ha podido hablar con su mujer?

Adolfo.- Sí-sí, gracias Doña María por dejarme hacer la llamada... ya sabe, está un poco trastornada con todo esto, usted se hará cargo.

Topete.- Es normal, estas cosas remueven lo más femenino, la maternidad no es cosa baladí. Pobres, pobres... debe usted entenderla, haber dado a luz a dos criaturas muertas al nacer... Eso es una carga que pesa en el alma... Pero no hablemos de penas, que aquí estamos para hacer el bien a esta nuestra Nueva España. Cada uno con su labor.

Adolfo.- Dice bien, Doña María, dice bien...

Topete.- Bueno vayamos a lo nuestro... *(Abre un libro y repasa ciertas notas.)* El problema que tenemos en estos meses es el de los niños... todo el mundo quiere varones y ya no nos quedan recién nacidos... por desgracia en estos días ha muerto el crío del que hablamos, de tiña. Una pena, parecía sano y bien guapo que era, pero nació débil el pobre. Ya se sabe que estos lugares no son buenos para las criaturas... el frío, los escasos medios de los que disponemos... Además, las "gestiones" no son fáciles, hay que hacer todo con

La sonrisa del Caudillo, de Rubén Buren

mucha mano izquierda y buena fe. Algunos familiares están muy encima y no podemos dar en adopción a cualquiera. Es una pena.

Adolfo.- *(Algo enfadado.)* Pues es una contrariedad...

Topete.- Por otro lado, las niñas en esta situación pueden tomar los hábitos y así redimen el mal hecho por sus padres... a lo mejor, a su mujer, Doña Margarita, con lo buena cristiana que es, le gustaría preparar una criatura para Dios.

Adolfo.- No sé... Pues sí, es una contrariedad, porque yo... bueno, ya me entiende, no es que tenga nada en contra de las mujeres pero yo quiero... mi apellido, ya sabe... Un hombre es un hombre.

Topete.- Ahí tiene usted razón. Que siempre hace falta un varón que ilumine la casa. Pero el Señor siempre aporta luz cuando todo parece perdido, piense usted en Jesucristo *(Mira el libro.)* Tenemos a una pobre, una madre que está a punto de dar a luz. Ella es sana y tiene buen lustre... ¡y mucho carácter! Seguro que nace una hermosa criatura. Es de las hembras más fuertes que tenemos... La pobre está condenada para reunirse con el Señor y redimir sus pecados pero, ya sabe usted, que no se puede aplicar la pena hasta que no alumbre. Es un poco díscola y la hemos tenido que sacar de la cárcel de Ventas *(Revisa los libros.)* Don Adolfo... ¿y mayores? ¿No le importaría hacerse cargo de una criatura de dos o tres añitos?

(Entra Jardiel.)

Jardiel.- Perdón, Doña María, pensaba que estaba usted sola...

La sonrisa del Caudillo, de Rubén Buren

Topete.- No, no es molestia. Bienvenido a nuestro *hogar*. Don Adolfo, le presento a nuestro nuevo psiquiatra, Alejandro Jardiel, nada menos que recomendado por Don Antonio Vallejo-Nágera.

Jardiel.- ¿Pero es...?

Topete.- Sí, el mismo, nuestro héroe del Alcázar.

Jardiel.- Vaya, es un honor... he visto la película y me quedé sin palabras. Lo que pasaron ustedes allí nos sirvió de ejemplo a todos. Es un honor conocerle, me quedo sin palabras...

Adolfo.- Bueno, el honor es mío, conocí a su padre cuando era cadete. Es un honor estrechar la mano de su hijo.

Jardiel.- Repito: el honor es mío. En fin, no molesto más, Doña María, siento la interrupción y...

Topete.- Vaya, vaya y hable con Cipriano, él le acompañará a su habitación.

(Jardiel sale.)

Adolfo.- Retomando, Doña María, es por mi mujer, que no quiere uno de esos niños que ya están hechos, que tiene miedo a que la mire como si fuese una extraña... además ya sabe cómo es la sociedad de provincias, que la gente habla. Yo no quiero que la gente chismorree por ahí, no, no... que ya hemos tenido bastante estos años. La gente inventa unas cosas... Preferimos un recién nacido.

Topete.- Pues no se hable más, Don Adolfo. Si quiere puede ir usted al Auxilio Social o al Patronato de Menores, quizá allí encuentre lo que anda buscando.

Adolfo.- Bueno, Doña María, quizá tengamos suerte... yo estas cosas, prefiero hacerlas en confianza, ya me entiende. Que remover muchos papeles luego trae malos entendidos y...

Topete.- En este... *hogar*, cuidamos mucho del futuro de nuestra España y rezamos por la correcta dirección de nuestra raza. En ningunas manos va encontrarse mejor una criatura que en las suyas, Don Adolfo.

Adolfo.- No hay nada como un ambiente decente y religioso desde el principio, eso es verdad.

Topete.- Ahí tiene usted toda la razón, Don Adolfo, es mejor criarles antes de que tengan conciencia de las cosas para que no hayan podido desarrollar ese... *problema*. Y nadie mejor que su esposa, Doña Margarita.

Adolfo.- ¿Porque lo que está claro es que el *problema* no se hereda?

Topete.- (*Ríe levemente.*) Claro que no, ¿no ha leído al profesor? El marxismo es puramente ambiental, es imposible que se desarrolle si se crían desde el principio en un ambiente adecuado.

Adolfo.- Sí, sí... pero no deja de preocuparme. Imagínese yo, con mis circunstancias. Mi posición.

Topete.- Pierda cuidado, Don Adolfo, que una cosa es segura. Si yo tuviera alguna duda al respecto no admitiría estas adopciones. Eso se lo garantizo.

Adolfo.- ¿Y la madre? ¿Cómo es?... ya me entiende... ¿Es guapa?

La sonrisa del Caudillo, de Rubén Buren

Topete.- Muy guapa, Don Adolfo, sana, con buena dentadura, educada... parece mentira que hiciera lo que hiciera.

Adolfo.- ¿Podríamos verla?

Topete.- Claro, Don Adolfo, pierda cuidado, todo eso déjelo de mi cuenta... ¿Se encuentra usted bien?

Adolfo.- Sí, sí... el viaje... ¿Le importa? *(Saca un cigarrillo.)*

Topete.- Como no, Don Adolfo, como no.

(Adolfo fuma.)

Topete.- Tiene usted que cuidarse *(Sonríe.)* Ahora que va a ser padre tiene una gran responsabilidad. Ya verá, ya... eso es lo más grande. La labor más divina que nos ha encomendado el Señor.

Adolfo.- Ya sabe... estas lesiones de guerra, con la humedad...

Topete.- Un héroe es lo que es usted, Don Adolfo, un héroe.

Adolfo.- Todo este asunto, Doña María, quedará entre nosotros... Vamos, que la partida de nacimiento y demás...

Topete.- No se preocupe Don Adolfo, nos ampara la ley. Hay mucha gente que se preocupa por el bien de estas pequeñas almas. A la criatura, que esperemos que sea niño, se lo llevan ustedes directamente registrado desde aquí, con la partida de nacimiento y todos los papeles en regla... Eso de bueno tiene tratar con recién nacidos, que agiliza mucho los trámites... Por supuesto que nosotras, las pobres funcionarias que velamos por el correcto funcionamiento de esta institución penitenciaria, le agradecemos cualquier

La sonrisa del Caudillo, de Rubén Buren

aportación que usted pudiera darnos, ya sabe... somos una congregación pequeña... con muchos gastos.

Adolfo.- No se preocupe por eso, Doña María, ya me habían comentado...

(Adolfo saca la chequera del bolsillo y escribe una cantidad. Arranca un cheque y se lo entrega a Doña María.)

Adolfo.- ¿Le parece...?

Topete.- *(Leyendo la cantidad.)* Más que suficiente, Don Adolfo, tiene usted ganado el cielo...

Adolfo.- Y dice usted que esa mujer... la madre... ¿es sana?

Topete.- Sanísima, casi parece increíble. Ni una fiebre ha cogido desde que vino.

Adolfo.- ¿Ha hecho mucho mal en la guerra?

Topete.- Mucho... las anarquistas son como alimañas... pero son cosas del pasado, Don Adolfo, ahora hay que olvidar y perdonar. Esas pobres mujeres se han visto arrastradas, ya sabe usted... las pobres no tienen la culpa de haber sido desviadas del camino de la fe. Gracias a Dios, nuestra Cruzada ha vuelto a poner las cosas en su sitio. *(Guardando el cheque dentro del libro.)* Dios proveerá, Don Adolfo...

(Don Adolfo mira por la ventana, de pie. Seguro de sus decisiones. Topete ordena la mesa de su despacho y le observa, guardando a buen

La sonrisa del Caudillo, de Rubén Buren

recaudo el cheque que le acaba de dar. Topete, se acerca a Don Adolfo y observa también por la ventana.)

Adolfo.- Tienen ustedes unas instalaciones muy cuidadas...

Topete.- Hacemos lo que podemos, Don Adolfo, hacemos lo que podemos... Cipriano, que cuida de todo...